

Geronimo Stilton

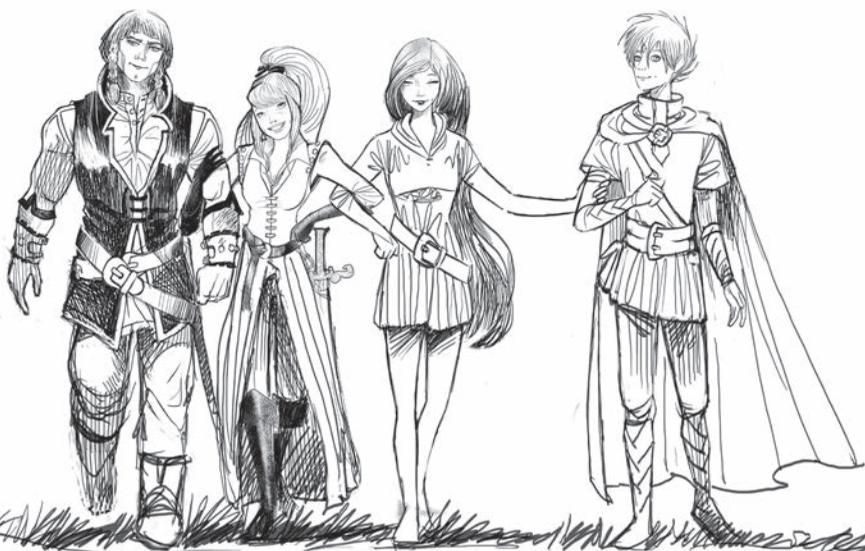
**El SECRETO
del DRAGÓN**

DESTINO

LAS 13 ESPADAS

Geranima Stilton

EL SECRETO
del DRAGÓN



DESTINO

El nombre de Geronimo Stilton y todos los personajes y detalles relacionados con él son copyright, marca registrada y licencia exclusiva de Atlantyca S.p.A. Todos los derechos reservados. Se protegen los derechos morales del autor.

Textos de Geronimo Stilton

Inspirado en una idea original de Elisabetta Dami

Coordinación artística de Tommaso Valsecchi

Ilustración de la cubierta, reverso de la sobrecubierta, ilustraciones interiores, mapas e ilustraciones de «El guardián de la Torre Esmeralda» de Danilo Barozzi

Diseño gráfico de Marta Lorini

Título original: *Il Segreto del Drago*

© de la traducción: Miguel García, 2015

Destino Infantil & Juvenil

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© 2013 - Edizioni Piemme S.p.A., Palazzo Mondadori - Via Mondadori 1, 20090 Segrate - Italia

www.geronimostilton.com

© 2015 de la edición en lengua española: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A., Via Leopardi 8, 20123 Milán - Italia
foreignrights@atlantyca.it / www.atlantyca.com

Primera edición: septiembre de 2015

ISBN: 978-84-08-14515-8

Depósito legal: B. 13.465-2015

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España - Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Stilton es el nombre de un famoso queso inglés. Es una marca registrada de la Asociación de Fabricantes de Queso Stilton. Para más información www.stiltoncheese.com

LA FIESTA DE PRIMAVERA

El sol estaba ya alto en el cielo y las cúpulas de cristal de la Academia relucían como piedras preciosas. El Reino de los Magos parecía resplandecer a la espera de la Gran Prueba. Así se llamaba el último examen, el más difícil, el más temido y el más esperado, ¡el que transformaba a los simples aprendices en verdaderos magos!

Las calles de la ciudadela hervían. Estandartes, guirnaldas y otros adornos decoraban los muros de las casas y, en los edificios más altos, ondeaban al viento banderas de todos los colores. Las plazas estaban llenas de puestos que vendían toda clase de productos. Los deliciosos olores de las especias y las comidas se colaban en los callejones, hasta alcanzar la imponente construcción de la Academia, que desde hacía muchos siglos dominaba la ciudadela.

La Academia de Magia se alzaba sobre un acantilado cortado a pico sobre el mar. Era un elegante palacio de





piedra muy clara, con cuatro torres altas rematadas por cúpulas de cristal. Desde hacía siglos, jóvenes procedentes de los reinos más lejanos estudiaban en él para convertirse en magos y defender con sus poderes el Reino de la Fantasía.

Asomada al amplio balcón de una de las torres, Ondine respiró a pleno pulmón el aire fresco de la mañana.

—Hoy es el gran día...

—murmuró pensativa, mientras el corazón empezaba a latirle cada vez más de prisa por la emoción—. ¡El día en que todo puede cambiar para siempre!

Luego respiró hondo, intentando calmarse. Aunque no quería reconocerlo, ni si-

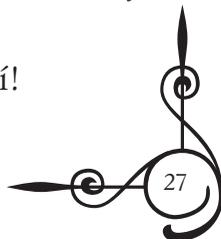
quiera ante sí misma, estaba preocupada, ¡al cabo de unas horas, el Consejo de Magos reuniría a los alumnos de la Academia para elegir a los que afrontarían la Gran Prueba!

Ondine se apartó de la cara un largo mechón de pelo, verde y suave como las algas marinas, y retrocedió mentalmente al pasado. Pensó en el lejano día, de hacía ya seis años, en que había llegado a la Academia de Magia desde el Reino de las Ninfas del Mar y en todos los sacrificios que desde entonces había tenido que hacer para llegar hasta donde estaba, hasta aquel momento decisivo.

Sus ojos, de un azul brillante, contemplaron el cielo despejado. Desde aquella torre, en la cúspide de la Academia de Magia, Ondine podía abarcar toda la ciudad con la mirada y admirar los exuberantes jardines de la escuela, las tortuosas calles del centro y las espléndidas fuentes de las grandes plazas. En el golfo de los Hechizos, las olas resplandecían y los barcos dejaban estelas blancas a su paso.

Los pensamientos de la jovencísima ninfa del mar fueron interrumpidos de repente por una enérgica voz muy alegre:

—¡Estaba seguro de que te encontraría aquí!



Ondine se volvió y el corazón le dio un brinco cuando, debajo de uno de los arcos de piedra, apareció la cara sonriente de un joven aprendiz.

—¡Aldar! —se emocionó con tan sólo pronunciar ese nombre—. ¿Cómo me has encontrado?

La sonrisa del chico se hizo aún más abierta y luminosa.

—Te conozco desde el primer día de escuela y sé bien que, te refugias aquí, cuando algo te preocupa.

Ondine y él tenían la misma edad, diecisiete años recién cumplidos, pero Aldar, del pueblo de los soñadores, parecía mucho más adulto y seguro de sí mismo. Era alto, tenía un cuerpo ágil y una expresión decidida.

El joven fue hasta la balaustrada de mármol, parándose junto a Ondine. Sus grandes ojos dorados y su pelo rubio brillaban al sol. La gota de cristal que llevaba en la frente, como todos los soñadores de la lejana isla Errante, parecía resplandecer con los colores del arcoíris.

—¿Tienes miedo? —le preguntó, con la mirada puesta en el mar.

—Un poco... pero es normal, ¿no? Dentro de pocas horas se decidirá qué aprendices afrontarán la Gran Prueba. Temo no estar entre los elegidos.

—¡Cómo que no! ¡Tú!

Ondine se sonrojó, y negó con la cabeza.

—Sé que soy una estudiante aplicada, Aldar, y también que mis notas son buenas...

—¿Sólo buenas?

—Vale, digamos que son *muy* buenas —repuso ella, cohibida—. Pero sabes mejor que yo que con eso no basta para que te elija el Consejo. ¡Una verdadera maga está segura de sí misma, es audaz! Sabe llevar a cabo grandes acciones y hacer frente a toda clase de peligros.

—¡Debes estar más convencida de tu capacidad! —la alentó Aldar, mirándola fijamente a los ojos—. Eres una de las mejores aprendices de la escuela.

—Lo dices porque eres amigo mío.

—Lo digo porque lo creo —la corrigió él, con los ojos brillándole—. Eres capaz de hacer grandes cosas, Ondine. Yo lo sé, lo siento.

Y nunca te mentiría.

La ninfa del mar sonrió, mientras un ligero golpe de viento despeinaba su suave cabello. Tal vez Aldar tuviera razón. Quizá bastara, simplemente, con creer en ello un poco más.



Ondine se sentía a gusto con el soñador. Aldar era la única persona en el mundo capaz de hacerla experimentar esas sensaciones. Siempre sabía cómo levantarle la moral y sacar lo mejor de ella.

A continuación, el muchacho le estrechó afectuosamente una mano.

—Ánimo, no hay tiempo que perder. El Consejo está a punto de reunirse en la cámara de los Misterios.

La cámara de los Misterios era la sala más grande y elegante de la Academia. Sus puertas se abrían sólo en ocasiones especiales: cuando llegaban de visita invitados de reinos lejanos y se celebraban fiestas, o bien, como en aquel caso, cuando el Consejo de Magos se reunía para decidir quién tomaría parte en la Gran Prueba.

La sala estaba cubierta por una alta cúpula, decorada con fénix sobre un fondo de cielo estrellado. El suelo era de piedra clara y la mitad del espacio estaba ocupado por un semicírculo de asientos de madera.

Frente a los asientos, en una tarima, había seis tronos de piedra blanca. En el centro, más alto que los demás, había un séptimo trono, dorado con el respaldo en forma de estrella, símbolo del Reino de los Magos.

Aquel trono le correspondía a Astra, maga suprema y directora de la Academia.

Cuando Aldar y Ondine entraron en la cámara de los Misterios, el Consejo de Magos no se había reunido aún. Muchos asientos, sin embargo, estaban ocupados ya por aprendices, ansiosos por conocer su destino.

—¡Mira allí, hay dos sitios en la primera fila! —señaló Aldar.

Ondine contuvo la respiración.

—¡¿Quieres sentarte tan cerca de los tronos?!

El soñador se echó a reír.

—¡No es el momento de mostrarse miedica, Ondine! ¿Es que quieres dejar escapar una ocasión como ésta?

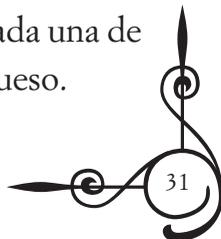
Aldar cogió a su amiga de la mano y la arrastró a la primera fila de asientos.

—¡Justo a tiempo! —exclamó, sentándose.

Entretanto, la cámara de los Misterios se había llenado. Todos los asientos estaban ocupados, y ni siquiera en las gradas que había pegadas a las paredes quedó un sitio libre.

La tensión era palpable.

Por fin, la gran puerta de metal que se recortaba al fondo de la sala se abrió y los seis magos del Consejo hicieron su entrada. Llevaban las amplias vestiduras ceremoniales, rematadas con elegantes adornos, cada una de un color distinto, y largos mantos de tejido grueso.



Formar parte del Consejo era uno de los mayores honores a los que podían aspirar los magos. Solamente los más sabios y hábiles, que habían dedicado su vida entera a la magia, podían tener la esperanza de ocupar ese cargo algún día.

Cuando la directora apareció en la sala, el silencio se hizo más profundo. Vestía de blanco, el esplendoroso color de la luz.

Astra tenía un rostro amable, de edad indefinible, y animado por una extraordinaria energía. Llevaba el cabello blanco recogido en pequeñas trenzas, unidas a su vez en la nuca en un complicado peinado. Hacía tanto tiempo que estaba al frente de la Academia y el Consejo, que incluso los magos más ancianos tenían dificultades para recordar el día en que se había convertido en directora. Todos la querían y admiraban por su gran sabiduría, fuerza y amabilidad.

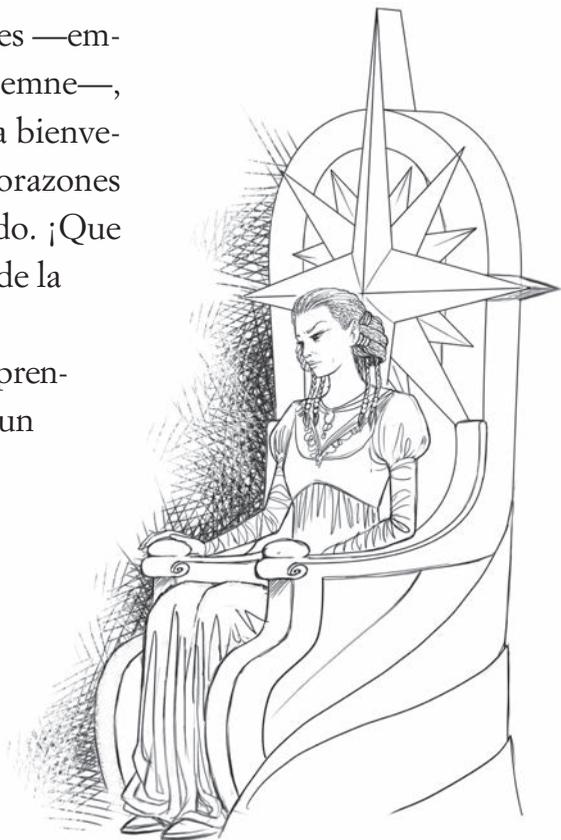
Tras atravesar la sala sumida en el silencio, la directora saludó con un ademán de la cabeza a los magos del Consejo, que asintieron en señal de respeto. Luego se sentó en el trono dorado y dejó vagar sus ojos verdes y penetrantes por toda la sala. Por último, se volvió hacia los jóvenes aprendices que tenía enfrente. Por un instante, su mirada pareció demorarse en el rostro de Ondine.

La ninfa del mar sintió que palidecía y tuvo la impresión de que aquellos sabios ojos podían leer hasta los menores pensamientos que guardaba en lo más hondo.

Entonces Astra habló:

—Queridos aprendices —empezó a decir con voz solemne—, ¡os doy mi más calurosa bienvenida! Abrid vuestros corazones para acoger lo inesperado. ¡Que comience la ceremonia de la elección!

Los corazones de los aprendices empezaron a latir un poco más fuerte.



LA ESFERA DE LOS ELEGIDOS

Astra se puso en pie y los magos del Consejo la imitaron. Extendió los brazos, y una esfera de luz intensa apareció en sus manos.

Aldar y Ondine cruzaron una mirada maravillada por semejante espectáculo.

—¡Ésta es la esfera de los elegidos! —anunció la directora—. Gracias a su poderosa magia, escruta el corazón de cada aprendiz y decide quién está preparado para afrontar la Gran Prueba. Estad tranquilos, porque nunca comete errores.

Astra levantó la esfera por encima de su cabeza. Un haz de luz roja salió proyectado del centro, como una llama abrasadora.

Los presentes contuvieron la respiración, mientras la luz tomaba el aspecto de un caballo.

Los aprendices no habían visto nunca un animal tan hermoso. Hecho de llamas y centellas, levantaba las patas en el aire agitando su larga crin.



—¡Éste es el corcel de fuego! —exclamó Astra—. Fuerte, decidido y valiente. Es el símbolo de quienes tienen el corazón intrépido, fuerza y espíritu de iniciativa —después se volvió hacia la criatura de fuego y le ordenó—: ¡Ve, fiero corcel de fuego, y tráenos al primer elegido!

Inmediatamente, el caballo llameante relinchó y se encabritó. Sobrevoló por encima de las cabezas de los alumnos, hasta envolver con su luz a un joven sentado tres filas por detrás de Aldar y Ondine.

Astra lo invitó a acercarse a ella con un gesto de la mano.

—¡Dran, titán de las montañas heladas! Eres el primer elegido para la Gran Prueba. ¡Enhorabuena, Dran!

Un aplauso ensordecedor ahogó las últimas palabras de la directora, mientras todos los aprendices alargaban el cuello para ver al elegido que se abría paso entre los asientos.

Dran, corpulento y musculoso, con dos trenzas y una mata de pelo cobrizo que iluminaba su cara con unos ojos negros y profundos, estaba radiante e incrédulo al mismo tiempo.

Después dos maestros de ceremonias lo acompañaron hasta un pequeño asiento de mármol.



Luego, Astra levantó otra vez la esfera. Esa vez despidió un rayo de luz verde, que tomó la forma de un águila. Esa criatura fantástica empezó a volar en círculos por la sala, dejando una estela de luz color esmeralda.

La directora dio dos palmadas.

—¡He aquí la soberana de los cielos! Elegante, rápida, ágil: representa a quienes poseen estas cualidades, la segunda elección de este año. ¡Ve, soberana de los cielos, y tráenoslo!

El águila revoloteó unos instantes encima de la esfera y luego se lanzó hacia el fondo de la sala, posándose en el hombro de una elfa pequeña de pelo rubio clarísimo, casi plateado.

—¡Lune, del Reino de los Elfos de las Cumbres! —la llamó la directora—. La esfera de los elegidos te considera apta para afrontar la Gran Prueba. ¡Ven, querida Lune, y enhorabuena!

También a Lune la acompañaron aplausos y gritos de estímulo, mientras se sentaba en el lugar reservado para ella.

Los aprendices que no eran elegidos se alegraban sinceramen-



te por sus compañeros. Sabían que las decisiones del Consejo siempre eran justas, que quien era elegido para la Gran Prueba lo merecía de verdad. No había envidias ni rencores, sólo júbilo por quien lo había conseguido y deseo de mejorar para estar un día entre los elegidos.

Astra levantó la esfera por tercera vez. Un nuevo haz de luz hizo que todos callaran. Éste era dorado, como el más cálido de los rayos solares, y tomó la forma de un león de tupida melena.

Los aprendices abrieron mucho los ojos, asombrosamente maravillados.

—¡Admirad al paladín de la sabana! —exclamó la directora—. Símbolo de tenacidad, altruismo y determinación. Es de carácter fuerte y también resuelto, como el del tercer aprendiz elegido para afrontar la Gran Prueba. ¡Ve, paladín de la sabana y tráenoslo!

El león rugió y dio un rápido salto.

A Ondine se le cortó la respiración del susto, porque aquella luz dorada se dirigía directamente hacia ella.

Pero el león, en cambio, rodeó a Aldar, que estaba sentado a su lado, envolviéndolo con un halo luminoso.

—¡Aldar del pueblo de los soñadores! Eres el tercer elegido para la Gran Prueba. ¡Enhorabuena, querido muchacho!





También para él llovieron los aplausos.

El joven, emocionado, se volvió hacia Ondine. Antes de levantarse y encaminarse al asiento que le correspondía, le guiñó un ojo y susurró:

—Ya verás, como ahora te toca a ti.

Ella asintió dubitativa, retorciéndose las manos por la tensión. Luego miró de reojo a Astra.

La directora, inmóvil, sostenía la esfera de los elegidos en sus manos y parecía mirarla a ella precisamente. Estaba a punto de levantarla otra vez, pero se detuvo.

La esfera desapareció en medio de una nube de chispas plateadas.

—No habrá más elegidos —anunció Astra—. La esfera ha decidido que este año sólo tres aprendices afronten la Gran Prueba.

El corazón de Ondine pareció vaciarse de toda emoción. Aldar la miró, primero desconcertado y luego entristecido. Ella, en cambio, sólo sentía un gran vacío dentro de sí.

Había fracasado. Tal como temía.

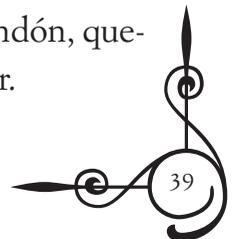
La directora sonrió a los elegidos y los invitó a inaugurar los festejos por la Gran Prueba, que tendría lugar al día siguiente, con las primeras luces del alba.

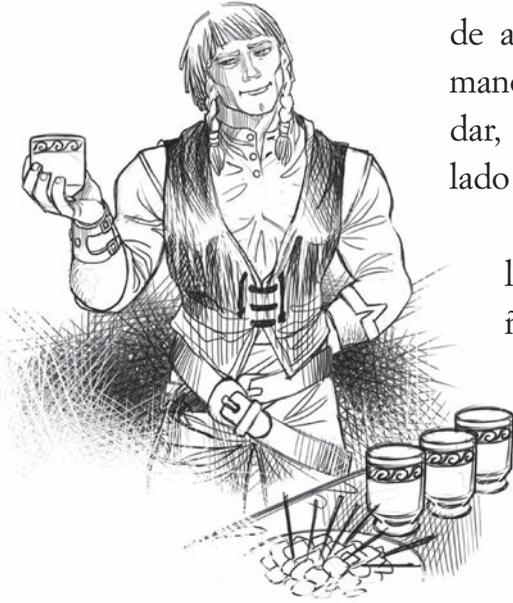
En la Academia de Magia y la ciudadela todos lo festejarían con fuegos artificiales, banquetes y danzas hasta altas horas de la noche.

Dran todavía no se lo creía. Lo había conseguido, ¡sus sacrificios habían sido recompensados! Siete largos años de estudio, pruebas y esfuerzos lo habían llevado a ese momento, al día en que había sido elegido para la Gran Prueba, y en primer lugar.

Su corazón rebosaba de orgullo. Dran sabía que poseía el don de la magia desde que era pequeño y vivía en las lejanas tierras del norte. Allí nadie era tan hábil como él haciendo encantamientos. Era evidente que su destino sería la Academia de Magia.

Sin embargo, una vez en ella, Dran se había encontrado con una dura realidad: algunos aprendices estaban mucho más dotados que él y tenían mayores poderes. Su talento no era suficiente, tendría que afinarlo y aprender a dominarlo cada vez más. Ser consciente de ello lo había empujado a mejorar día tras día, ejercitándose con tenacidad y empeño. Él no quería ser un segundón, quería ser el primero y demostrar que era el mejor.





Dran apretó el vaso de zumo de arándanos que tenía en la mano y les sonrió a Lune y Aldar, que estaban sentados a su lado en la mesa de honor.

Los estudió a hurtadillas: la elfa de las cumbres y el soñador tenían ambos grandes dotes, pero él no los temía. Había sido llamado el primero. Había sido elegido por el corcel de fuego por sus aptitudes.

—Quién sabe lo que nos espera mañana en la Gran Prueba... —la dulce voz de Lune lo sacó de sus pensamientos y lo devolvió a la realidad. Los penetrantes ojos verdes de la elfa de las cumbres, relucientes como esmeraldas, se clavaron en los negros y profundos del titán de las montañas heladas—. ¡Tengo muchas ganas de descubrirlo!

Aldar no dijo nada. Aquella noche estaba distraído. Buscaba el rostro de Ondine entre la gente, pero no veía ni rastro de ella.

—Se cuentan muchísimas historias de la Gran Prueba —dijo Dran—. Pero nadie puede saber lo que nos espera, cada aprendiz debe afrontar una prueba distinta.

—Sí, será el Pozo de los Recuerdos el que nos la indique. ¡Espero no tener que combatir contra alguna criatura monstruosa!

Dran se rio, adoptando un aire de seguridad. Sólo tenía dieciocho años, dos más que Lune, pero se sentía mucho más maduro y preparado para lo que el destino le deparara.

—Pues podría ocurrirte —observó—. He oído hablar de terribles criaturas que hay que vencer mediante la astucia. Pero eso no me asusta, estoy dispuesto a todo para convertirme en mago.

—Si vamos a eso, yo también —se apresuró a precisar Lune—. Pero la incertidumbre me pone nerviosa. He oído que un aprendiz, hace tres años, tuvo que rescatar un huevo de cristal en las remotas regiones del norte. ¡Tardó meses en regresar a la Academia!

El titán de las montañas heladas se encogió de hombros.

—¡Eso no es nada! Yo he oído aventuras peores...

—¿En serio?

—¿No te han hablado nunca de la Gran Prueba que le tocó a Ailos?

Esas palabras atrajeron por fin la atención de Aldar, que se puso a escuchar. Ailos, por entonces miembro del Consejo de los Magos, era su ídolo. Se había convertido en mago muy joven, superando brillantemente la Gran Prueba, una de las más difíciles de todos los tiempos. Precisamente por eso, y por los poderes extraordinarios que poseía, Astra había querido que estuviera en el Consejo ¡a la temprana edad de veinticinco años!

—Ailos sólo tenía catorce años cuando se marchó de la Academia en plena noche para afrontar la Gran Prueba —contó Dran—. Atravesó decenas de reinos a pie y llegó hasta las Tierras Escondidas, una región sumida en nieblas eternas.

—¿Y qué le ocurrió? —preguntó Lune con cierta aprensión.

—Ailos tenía que alcanzar la perdida Ciudad de las Visiones y recuperar un antiguo pergamino. Cuando por fin cruzó la muralla que rodeaba la ciudad, descubrió que un hechizo impedía utilizar poderes mágicos en su interior.

Lune se llevó las manos a la cara.

—¿Se quedó sin poderes?!

—Eso no lo preocupó —siguió diciendo Dran—, hasta que se dio cuenta de que su cuerpo envejecía un año

por cada minuto que pasaba en aquella ciudad. Tenía que encontrar el pergamino y marcharse cuanto antes. Pero no había tenido en cuenta a los dos guardianes del Templo Sin Luz...

—*Tres*—lo corrigió Aldar, que había escuchado aquella historia de boca del propio Ailos—. Los guardianes del Templo Sin Luz eran tres. Medían más de dos metros y tenían cara de lobos hambrientos.

Dran lo miró con aspecto serio. No podía soportar que lo interrumpieran cuando hablaba.

—Fuera como fuese—prosiguió—, Ailos logró atraer a los guardianes hasta fuera de la muralla con una estrategia y allí los derrotó con un hechizo. Luego entró en el Templo Sin Luz y cogió el pergamino. ¡Cuando cruzó la muralla encantada, tenía el aspecto de un viejo! Sin embargo, en cuanto salió de la ciudad, su aspecto volvió a ser el de antes.

Aldar asintió pensativo. Si a él le tocaba una prueba así, ¿sabría afrontarla con el mismo valor y la misma determinación que Ailos? No estaba muy seguro.

Lune se había quedado completamente muda. Le dio un mordisco a un pastel de mermelada de moras y pensó con ansiedad en las pocas horas que la separaban de la Gran Prueba.



En la fiesta sólo faltaba una persona... Ondine. Era la única que no lo estaba celebrando.

Tres elegidos. Solamente tres. Y yo no estoy entre ellos. He perdido mi gran oportunidad, ¿y ahora qué?

Ondine tenía el ánimo por los suelos. Los años de estudio no le habían servido para nada, todo por culpa de su carácter, frágil e inseguro. Estaba convencida de que su escasa iniciativa y el miedo a equivocarse habían sido fundamentales en su fracaso.

Se dejó caer sobre el borde de mármol de una fuente, en una zona muy tranquila de los jardines de la Academia de Magia.

Nadie la encontraría allí, porque todos estaban homenajeando a los elegidos. Ella no tenía ganas de reír ni tampoco de bromear, no aquella noche en que el mundo parecía habersele caído encima. Sabía que hacía mal, porque seguramente a Aldar le habría gustado tenerla a su lado, para hablar y confiarse.

—No soy más que una chiquilla débil y tonta—se dijo a sí misma—. ¿Cómo puedo esperar convertirme en una gran maga?

—Y, no obstante, algún día lo serás, mi dulce Ondine. La ninfa del mar se sobresaltó al ver aparecer a Astra desde detrás de la fuente. La directora llevaba un largo

vestido de seda azul noche, cuajado de cristales y finalmente bordado.

Astra sonrió con afecto y entonces Ondine se sonrojó de vergüenza.

—Lo... lo siento —intentó disculparse la joven—. No habría tenido que decir esas cosas...

—No tienes por qué disculparte.

Astra se sentó junto a Ondine y le cogió las manos.

—Todos tenemos momentos de desaliento, querida mía. Pero debemos aprender a superarlos y ponernos en pie de nuevo sin perder la fe en nosotros mismos.

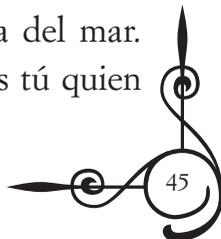
—No creo que sea capaz. Me siento... tímida y frágil.

—Sólo eres muy sensible y un poco insegura. ¿Por qué crees que no has sido elegida hoy? ¿Acaso crees que hay otros motivos? —Astra sonrió para reconfortarla y le apretó más fuerte las manos—. Eres una aprendiz excepcional. Lo que debes aprender es mucho más sencillo de lo que piensas.

Ondine levantó los ojos hacia la directora, con un atisbo de esperanza.

—¿De verdad?

—Sí, sólo tienes que aprender a creer en tu fuerza. La magia corre enérgicamente por ti, joven elfa del mar. Una luz secreta se oculta en tu corazón. Eres tú quien





debe descubrir cómo encenderla y hacerla brillar para siempre.

—¿Y sólo por eso no he sido elegida para la Gran Prueba? ¿Porque no creo lo bastante en mis poderes?

—Sí, Ondine. Yo confío mucho en ti. Estoy segura de que te convertirás en una maga extraordinaria. Pero ¿y tú? ¿Tú lo crees? Si no confías en tu magia, ¿cómo van a hacerlo los demás?

Ondine no supo qué responder.

La directora se puso en pie, con un rumor de seda.

—Encuentra dentro de ti la fuerza para vencer el miedo y enfrentarte a las adversidades. Sé que conseguirás hacerlo —dijo para terminar, dirigiéndole una sonrisa llena de cariño y confianza.

Luego se alejó en la oscuridad de la noche, tan silenciosa como había aparecido.

